

MEMORIA Y MIRADA DE UN VIAJERO INGLÉS DEL SIGLO XVIII. FRANCIS CARTER EN GIBRALTAR

Daniel Crespo Delgado / Licenciado en Historia del Arte. Universidad de Barcelona

Durante la segunda mitad del siglo XVIII apareció una renovada literatura extranjera sobre las cosas de España. Las reformas borbónicas y las obras de ciertos ilustrados españoles revelaron la insuficiencia y caducidad de los juicios y palabras de los autores referenciales de la primera mitad de siglo sobre España. Un atento viajero alemán de finales del XVIII, C.A. Fischer, afirmó que hasta los relatos de viajes de Twiss (1775), Bourgoing (1788-89) y Townsend (1791), España era prácticamente desconocida para Europa, que sólo disponía de insatisfactorias descripciones e informaciones desfasadas.¹ Efectivamente, la literatura de viajes de la segunda mitad del XVIII fue en gran parte el privilegiado escenario de tal redefinición y reflexión sobre la identidad de España. Los ingleses, sus impertinentes viajeros, fueron sin duda protagonistas destacados.² Su curiosidad fue la que movió la impaciente pluma que dibujó los nuevos personajes, paisajes, gestos, monumentos y acontecimientos de España que desbordaron a Europa durante estas décadas, la que proporcionó los renovados materiales con los que los europeos reconstruyeron, pensaron e imaginaron España en sus gabinetes y tertulias.

De entre tales obras rescatamos el viaje de Gibraltar a Málaga que Francis Carter realizó entre setiembre del 1772 y julio del 1773. Relato que a pesar de su particularismo y centrarse en las anteriores dos ciudades y los lugares más significativos del litoral y la Serranía de Ronda que las unían, proporcionó una de las descripciones más admirativas de un paisaje español

¹ R. Twiss, *Travels through Portugal and Spain in 1772 and 1773*. Londres, 1775; J.F Bourgoing *Nouveau voyage en Espagne*. París, 1788-1789; J. Townsend, *A journey through Spain in the years 1786 and 1787*. Londres, 1791; C.A. Fischer, *Voyage en Espagne, aux années 1797 et 1798*. París, 1808.

² D. Briesemester, "Percepciones de cambio en los relatos de viajes por España en la segunda mitad del siglo XVIII", en *La secularización de la cultura española en el Siglo de las Luces*. Wiesbaden, 1992, págs.33-45. Sobre los viajeros ingleses del XVIII en España: I. Robertson, *Los curiosos impertinentes: viajes ingleses por España 1760-1855*. Madrid, 1976. B. Krauel Heredia, *Viajeros británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*. Málaga, 1986; C. Freixa Lobera, *La imagen de España en los viajeros británicos del siglo XVIII*. Tesis Doctoral. Barcelona, 1991; A. Clara Guerrero, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid, 1990.

de la literatura de viajes dieciochesca. Sus palabras sobre el Campo de Gibraltar revelan, sin posibilidad de parangones, el sincero encuentro de un sentir y un paisaje, el brote entusiasta de una sensibilidad que alimentó muchas páginas de ese siglo viajero que hizo suyos tantos lugares, pero que en España palpité de la manera más intensa en la mirada de Carter ante el Campo.³

Sabemos por el propio Carter que desde 1753 a 1773, “excepto cinco años pasados en Francia”, su vida transcurrió en Andalucía.⁴ Vivió temporadas más o menos largas y afortunadas en Granada, en Sevilla, en Málaga y en otras localidades sureñas que le permitieron buenas transacciones y seguir sus nunca abandonados estudios;⁵ más sólo de la casa que ocupó durante su estancia en Gibraltar ofreció una descripción. Desde el junio del 1771 al setiembre del 1772 permaneció en Gibraltar,⁶ en la casa de Crouchet, que alquiló, tal vez su único inconveniente, a un precio que consideraba exorbitante.⁷ Le parecía ubicada en el lugar más agradable de la guarnición, alejada de los molestos ruidos y gestos castrenses que se desdibujaban en una lejanía que permitía su ignorancia. La casa tenía un gran jardín que era una espléndida terraza para observar su entorno. Mandó arreglarlo. Plantó flores y plantas diversas en intersticios y tierras antes abandonadas por la vida y la vegetación. Rehizo los descuidados parterres. Reparó y amplió una pérgola que le permitía a todas horas pasear y abandonarse bajo su sombra a un fascinante paisaje que le había cautivado.

Desde el jardín hasta sesenta leguas alrededor se divisa una panorámica increíble, quizás sin igual en el universo: se ven tres reinos, el océano inmenso que rodea el globo, y el Mar Mediterráneo, cuyas olas llegan hasta Tierra Santa; a un lado tiene el Estrecho, limitado por el reino de Mauritania; su vista llega hasta las faldas encantadoras de la montaña de Abila Barbesul, tan celebradas por los poetas árabes. Las torres blanquísimas de Ceuta reflejan el sol poniente. Tánger, antigua colonia inglesa, se halla en un valle. La ciudad moderna de Algeciras y las venerables ruinas de Carteya son monumentos a la inconstancia del destino: ¡ qué hermosa se ve aquélla saliendo del agua y extendiendo sus orgullosas murallas bajo los árboles! El estruendo de su cañones retumba con frecuencia en la bahía, mientras la famosa Carteya, colonia de Roma y puerto para sus barcos, duerme sus ruinas silenciosas y apenas tiene una torre en pie para dar fe de lo que antiguamente fuera. San Roque, la moderna fortaleza de los españoles, es la principal de las colinas de los alrededores, pues la domina todas; a su izquierda, a unas cuatro leguas, sobre una prominencia se muere Castellar, un pueblo cuya fama e importancia empezó y acabó con el Imperio Moro. Delante se levantan a una altura majestuosa los colosales picachos de la Serranía de Ronda, cuyas cumbres tocan las nubes y cuya abundante fruta y limpio aire coronan de salud y riqueza a sus numerosos habitantes; debajo de sus picos del este, hace siglos, César y los hijos de Pompeyo se disputaron el mando del Imperio Romano cerca de Munda, y en estos mares azules de Málaga la bandera británica alcanzó en los primeros años de este siglo el dominio total de los mares al vencer a las escuadras de la Casa de Borbón. Nuestros ojos distinguen con facilidad el pequeño pueblo de Estepona, y, en un día claro, se pueden ver perfectamente las murallas del castillo de Marbella, una costa famosa por sus vinos; la vista se termina en las Alpujarras y Sierra Nevada, que, con sus cumbres cubiertas de nieves perpetuas, regala cristalinas fuentes y ríos enteros de excelente agua a la vega más deliciosa y fértil del mundo conocido.⁸

³ F.A. Carter, *journey from Gibraltar to Malaga: with a view of that Garrison and its Environs; a Particular Account of the Towns in the Hoya of Malaga; the Ancient and Natural History of those Cities, of the Coast between them, and of the Mountains of Ronda. Illustrated with medals of each municipal town; and a chart, perspectives and drawings, taken in the year 1772*. Londres, 1777. Dado su éxito apareció una nueva edición en Londres en el 1780 y una traducción alemana en Leipzig en el 1779. Para facilitar su lectura y su consulta, citaremos esta obra a partir de la ejemplar traducción castellana publicada por la Diputación Provincial de Málaga: Carter, F. *Viaje de Gibraltar a Málaga*. Málaga, 1981.

⁴ Carter, Prólogo, I.

⁵ Carter, Libro IV, Cap.IV, pág.329; Libro IV, Cap.IV,pág.333; Libro II, Cap.I, pág.112; Libro III, pág. 223.

⁶ Carter, Libro II, Cap.I, pág.99.

⁷ Libro I, Cap.VII, pág.89.

⁸ Libro I, Cap.VII, págs.90-91.

A pesar de que la fascinación anterior no revivió en lugar alguno, Francis Carter mostró a lo largo de su obra una gran sensibilidad por el paisaje que le acompañó en su ruta de Gibraltar a Málaga, no exenta de dificultades y penalidades materiales dado el estado de carreteras y posadas. Afirmó llegando a Málaga, finalizando ya su recorrido, que quién no fuese aficionado a los “venerables restos de la antigüedad”⁹ pero resiguiese sus pasos, podía entretenerse con las variadas y siempre ricas vistas que se le irían desvelando en su lento caminar. Tal admiración por este paisaje debe vincularse sin duda a cierta visión idílica de la Bética existente desde la antigüedad y repetida sin destacables cambios hasta la modernidad por algunos propios y foráneos imbuidos de textos clásicos y no menos pasión por estas tierras.¹⁰ Es lo que Elena Fernández Herr denominó acertadamente hace algunos años como la Leyenda Blanca.¹¹ Una leyenda que hacía de esta región una regalada por los dioses, de abundantes frutos, de voluptuosa fertilidad y de clima temperado. Para Carter, las tierras que se sucedían en su viaje de Gibraltar a Málaga albergaban huertas, flores, ríos, árboles, animales y recursos naturales tal como si la cornucopia de la naturaleza se hubiese derramado sobre ellas placenteramente, evocando en la imaginación prendada la legendaria Edad de Oro de los antepasados, aquella sencilla pero armoniosa vida de la que parecía éste su escenario ideal.¹² El juicio de Carter fue diáfano: “Echando una ojeada sobre estas felices tierras hallaremos razones más que suficientes para darle gracias al Todopoderoso por haberles concedido esta exuberante fertilidad”.¹³

Pero si su mirada desde el Campo de Gibraltar participaba de la general admiración por estas tierras del sur, fue su relevancia histórica, el haber sido escenario de tantos hechos de los Anales de la Historia -especialmente de la Antigua-, el conservar restos y jirones de tantas pisadas y caminos de diferentes pueblos que alimentaban la memoria, lo que otorgaba a este lugar esa especial poética que explicaba su fascinación y sus palabras: “De todos los países del mundo conocido quizás no haya ni una sola provincia tan merecedora de nuestra atención como esta parte del reino de Granada que vamos a visitar; ninguna tan agraciada por un clima tan suave ni tan fértil; ninguna tan famosa en Historia Antigua...”¹⁴

I. La memoria de la antigüedad

El pasado, en especial el mundo antiguo, fue el motivo primordial del viaje de Francis Carter. Fueron las ruinas y las noticias de la antigüedad clásica su principal objetivo, convirtiéndose en el elemento perseguido y recurrente, aquel que justificó pasos y ocupó páginas y páginas de su obra. En efecto, una gran parte de su relato está dedicado a sesudas digresiones anticuaristas, a las que consagró la mayoría de sus observaciones y horas de estudio sobre la región. Citó con gran detalle todas las referencias de la literatura clásica sobre Gibraltar o Carteya, discutió la ubicación de esta última y la de otras ciudades como Salduba o Monda, enumeró incansablemente los testimonios epigráficos de Ronda o Nescania, así como los restos de las murallas, edificios, esculturas y monedas de todas; reflexionó sobre el origen de estas ciudades, sobre su importancia, sus familias, su administración, su economía y su papel en el mundo antiguo, es decir, sobre todo aquello que permitiese una investigación seria y sólida de sus testimonios y que pudiese acercarle a aquellos tiempos venerados. Estas amplias y severas digresiones desvelan el gran conocimiento anticuarista de Carter, lo justificado de su nombramiento años después de la publicación de su viaje como miembro de la prestigiosa Sociedad de Dilettantes de Londres. Incluso en ocasiones propuso

⁹ Libro III, Cap.IV, pág.223.

¹⁰ Wulff F. Alonso “Andalucía Antigua en la Historiografía española (XVI-XIX)”, en *Ariadna*, nº10, 1992, págs.7-32.

¹¹ E. Fernández Herr, *Les origines de l’Espagne romantique 1755-1823*. París, 1973.

¹² Libro II, Cap.IV, pág. 149.

¹³ Libro II, Cap.IV, pág.147.

¹⁴ Libro I, Cap.I, pág.3.

tesis propias y originales sobre tal ubicación comprometida o cual interpretación de algún complejo testimonio. Lo cierto es que discutió y reflexionó sobre el pasado clásico de la región desde lo más íntimo del debate anticuarista español, por esas fechas muy activo.¹⁵ Las medallas que cita y hace grabar de su colección lo destacan como un importante coleccionista, de hecho afirma sin visos de modestia que su colección de medallas antiguas “llegará a ser muy pronto la más completa de la serie española que haya en este país” si cristaliza la deseada y prometida incorporación de la de Tomás José Caballero, canónigo de la catedral de Granada e íntimo suyo.¹⁶ Sus puntillistas citas de la literatura clásica demuestran su amplio conocimiento de éstas y el concienzudo estudio de las relativas a la península y más especialmente a las regiones béticas. Sus dibujos y sus descripciones revelan la visita y exploración de lugares y yacimientos en búsqueda de nuevos datos y confirmación de los ya conocidos. A lo largo de su obra cita—e incluso se opone en no pocas ocasiones, y las más con razón¹⁷—a los más importantes estudiosos españoles, tanto a los ya consagrados como a los que aparecieron en el XVIII amparados en el fuerte ímpetu que recibieron estos estudios durante esta centuria.¹⁸ Incluso con algunos mantuvo una estrecha relación forjada en discusiones sobre su pasión compartida.¹⁹ De hecho, aunque en varias ocasiones lamenta y censura el estado de dejadez y abandono de algunas antigüedades, Francis Carter elogia sinceramente los estudios de los eruditos españoles,²⁰ tanto del pasado como sobre todo contemporáneos,²¹ llegando a afirmar en relación con los problemas planteados por la localización de Succubo que “la afición por el estudio y búsqueda de antigüedades es tan grande actualmente en España y tiene tantos sabios entre su respetable clero que podemos estar tranquilos de que ésta y otras cuestiones relativas a la historia romana estén pronto resueltas”.²² Esta afirmación no era nada trivial, en tanto que muchos de sus contemporáneos que escribían de las cosas de España ejemplificaron en el presunto desinterés por las antigüedades y su estudio las carencias culturales que denunciaron de la sociedad española.²³

Sea como fuere, la obra de Carter presenta un nivel de conocimiento y preocupación por las antigüedades españolas que no es siquiera comparable a la de los otros viajeros foráneos por España. De hecho, muy pocos compartieron su espíritu

¹⁵ F. Arribas, “Hallazgos arqueológicos en el siglo XVIII”, en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de Valladolid*, XVI, 1950, págs.195-199; Arce, J. y R. Olmos (coords.) *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. Madrid, 1991; G. Mora “Literatura anticuarista”, en F. Aguilar (ed.) *Historia literaria de España en el siglo XVIII*. Madrid, 1996, págs.883-914; G. Mora “Las antigüedades de España. Noticias sobre la aportación española a la literatura anticuarista europea en el siglo XVIII”, en J. Álvarez Barrientos, y J. Checa Cremades (coords.) *El siglo que llaman ilustrado. Homenaje a Francisco Aguilar Piñal*. Madrid, 1996, págs.671-676; G. Mora *Historias de Mármol. La Arqueología clásica española en el siglo XVIII*. Madrid, 1998.

¹⁶ Prólogo, II. En varias ocasiones a lo largo de su obra hace referencia a las medallas de su colección y a la importancia de la ciencia numismática para desvelar importantes informaciones sobre épocas tan remotas (Prólogo, III y ss.; Libro I, Cap.IV. pág.55).

¹⁷ “El padre Flórez, despistado por don Macario Fariñas, y sin haber visto el lugar por sí mismo, ha cometido el grave error en el 12º volumen de su España Sagrada, al no tomar en cuenta las ruinas de Estepona la Vieja, de llamar a éstas Cliniana...y de situar Salduba en la ribera oriental del Río Verde...” (Libro II, Cap.I, pág.105).

¹⁸ Carter se refiere en su viaje a los eruditos trabajos de Pedro Mexía, Ambrosio de Morales, Florián de Ocampo, Rodrigo Caro, el padre Flórez, Medina Conde, los hermanos Mohedano y a Luis José Velázquez entre otros muchos

¹⁹ Sabemos de su amistad con los estudiosos Tomás José Caballero y Francisco Barbán de Castro (Libro IV, Cap.I, pág.252), de su estrecha colaboración con Luis José Velázquez, el Marqués de Valdeflores (Libro I, Cap. IV, pág. 37; Libro II, Cap. I, pág. 100; Libro III, Cap.II, pág. 214), que le facilitó numerosas noticias y argumentos inéditos, y con Medina Conde, con el que también compartió agradables jornadas de estudio y puesta en común (Libro II, Cap. II, pag. 172, Nota 1).

²⁰ Libro II, Cap. II, pág. 127; Libro IV, Cap. I, pág. 252.

²¹ De hecho, incluso su visión de la Bética romana se inscribe en la tradicional, en la que desde el siglo XVI militaban la mayoría de estudiosos. Su ponderación de la riqueza y desarrollo de la zona (Libro II, Cap. III, pág. 132) recuerda a las elogiosas palabras de Morales (Morales, Ambrosio de. *Las Antigüedades de las Ciudades de España*. Alcalá de Henares, 1575). Su contrastante situación actual a las de Rodrigo Caro (Caro, Rodrigo. *Adiciones al Principado y Antigüedades de la Ciudad de Sevilla y su convento jurídico*. Sevilla, 1932).

²² Libro II, Cap. III, pág.135.

²³ Para J.D. Breval, la escasez de colecciones de antigüedades en España y Portugal revelaba, “the great sloth and supine ignorance in which nobility and clergy of these parts of Europe are generally buried” (J.D. Breval *Remarks on several parts of Europe: relating chiefly to the History, Antiquities and geography of those countries, trough wich the author has traveled; as France, the Low Countries, Lorraine, Alsatia, Germany, Savoy, Tyrol, Switzerland and Spain*. Tomo II. Londres, 1726, pág. 326). El polémico Henry Swinburne, escudándose en una carta del deán Martí a Maffei, veía demostrada en el nulo cuidado de las antigüedades la general incultura de los españoles (H. Swinburne, *Travels through Spain, in the years 1775 and 1776*. Londres, 1779, Carta XLII).

anticuarista, perfilando muy diferentes objetivos que los llevaron por diferentes caminos a los que tomó Carter en su pasión por las antigüedades.

La mayoría de los viajeros ilustrados por España mostraron cierto interés por las antigüedades dado el prestigio cultural que adquirieron en el XVIII. Mas no pasaron de referencias puntuales y vagas. Alguna crítica, noticia, emoción o desencanto. Pero escasas, meras pinceldas en sus grandes frescos sobre España. La pretensión de estas obras —o cuanto menos la recurrentemente esgrimida— era presentar un veraz relato sobre el estado del país, sobre su presente y su posible futuro, que en el siglo ilustrado significó analizar su situación política, económica y cultural. Así la noticia sobre tal o cual lápida o resto antiguo se desdibujaba en amplias digresiones sobre la situación del agro español, las causas de su despoblación, los obstáculos de su comercio, el estado de sus universidades, el talante de sus gobernantes, e incluso los bailes, mujeres y tipos que conformaban nuestra geografía pintoresca y colorista que también movió las plumas de nuestros no siempre distantes viajeros. De hecho, este tipo de noticias y reflexiones son secundarias en la obra de Carter. Su sensibilidad y objetivos fueron otros.²⁴

En el modo de entender el relato de viajes en el siglo XVIII convivieron y se entrecuzaron varias sensibilidades y modelos, caminos y horizontes. Si bien la obra de Francis Carter es un *unicum* en el amplio abanico de la literatura de viajes extranjera del XVIII sobre España —de hecho, sólo podríamos relacionarlo con los *Remarks on several parts of Europe* (1726) de Breval, espléndido, erudito y magno viaje por la Europa occidental en el que las noticias históricas y muy especialmente las antigüedades son el elemento esencial, incluyendo un capítulo, el menos extenso, sobre las antigüedades romanas y árabes de Portugal y del sur de España—,²⁵ ésta debe vincularse con una rica tradición de literatura de viajes anticuarista con gran vigor en el XVIII. Es curioso como una de las referencias ineludibles para este tipo de obras, Joseph Addison, en su influyente y celeberrimo viaje a Italia, justifique sus contenidos, esto es sus digresiones y reflexiones sobre testimonios y lugares de la antigüedad, en virtud de intenciones pedagógicas y formativas.²⁶ Siguiendo los pasos de su admirado Addison, J.D. Breval censuró severamente a los viajeros que dedicaron sus estancias foráneas a vanas frivolidades, así como los relatos de viajes que contenían noticias y descripciones triviales. El relato como el propio viaje debía tener una intención y una voluntad claramente pedagógica e instructiva que las antigüedades proporcionaban, considerando que su estudio era una de las “noblest branches of polite Learning”.²⁷ Esta literatura de viajes anticuarista de altas aspiraciones formativas se desgañitó describiendo y apasionándose ante paisajes que habían sido escenarios de hechos históricos relevantes. Incluso se forzó la localización de alguno para que tal batalla, acontecimiento o muerte no quedase huérfana de un lugar en el que evocarla. Addison cifró gran parte de su apasionamiento por Italia en que “there is scarce any part of the nation that is not famous in History, nor so much a mountain or river, that has not been the scene of some extraordinary action”.²⁸ Tal fascinación por el paisaje histórico es, sin duda, de donde brotaron las entusiastas y claras palabras de Carter sobre el campogibraltareño. Para Carter, en esta zona, como en la Bética en general, gracias a sus benéficas condiciones naturales se desarrollaron gran número de asentamientos romanos, algunos de los cuales alcanzaron un esplendor confirmado por las fuentes literarias y los testimonios materiales conservados, convirtiéndose en una de las regiones más dinámicas de la romanidad, revelando sus cimas y su palpitar.²⁹

²⁴ Es interesante destacar que algunos viajeros por España criticaron a los que parecían ignorar el mundo que palpitaba a su alrededor obcecados en el rastreo de antiguallas, a aquellos preocupados únicamente por asuntos eruditos y desvinculados del presente: G. Baretti *A Journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain, and France*. Tomo I. Londres, 1770, pág. 25 y ss.; Ponz, A. *Viage de España*. Tomo VII, 2ª edición. Madrid, 1784, Carta IX, 28.

²⁵ J.D. Breval *Remarks...op.cit.* Se refiere en concreto a las antigüedades de Cádiz, Puerto de Santa María, Sevilla, Gibraltar, Medina-Sidonia, Algeciras y Tarifa.

²⁶ Joseph Addison. *Remarks on several parts of Italy, & in the years 1701, 1702, 1703*. Londres, 1745.

²⁷ J.D. Breval. *Remarks...op.cit.* Tomo I, Preface, II.

²⁸ J. Addison *Remarks...op.cit.* Preface.

²⁹ Tal visión de la Bética antigua liga con la generalizada desde los estudios eruditos del XVI y con las aportaciones posteriores del XVII y XVIII, con una bibliografía conocida, estudiada y respetada por Francis Carter como vimos anterioridad.

Las innumerables miradas que disfrutaría Carter desde la casa Crouchet de Gibraltar, aquellas que le convencieron de que tal lugar era "quizás único en el universo", no sólo bebían de las torres blancas de Ceuta que reflejaban el sol de poniente, del encuentro de ruidosos mares y claras tierras que se entretejían en accidentado equilibrio. Era su dimensión histórica, el haber sido mudo escenario de significativos hechos históricos lo que le otorgaba su inigualable poética. Decía Lord Byron que con toda seguridad había lugares más pintorescos que el cabo Sunion, mas eran únicas las asociaciones que ahí embargaban al sensible espectador.³⁰ Desde la casa de Crouchet la memoria rescataba de tal escena los ecos y jirones de lo acontecido, ante todo el discurrir de una admirada antigüedad que palpitaba con fuerza en estas costas tan ligadas a su historia. Sin duda, fueron estos testimonios clásicos, los paisajes con su huella, los de mayor poder evocador; aquí en Gibraltar como en cualquier otro lugar de la rica geografía de los relatos de viajes del XVIII. Lo cierto es que la admiración por el testimonio del pasado clásico fue recurrente durante toda la modernidad, y muy especialmente en el XVIII, en el que brotó incansable un vigoroso flujo de viajeros a Italia y a Grecia,³¹ inundando Europa de paisajes y estampas clásicas. Roma estaba tan presente en la moderna cultura europea que parecía imposible permanecer ajeno a su atractiva evocación. Montaigne afirmó ejemplarmente que "estaba más familiarizado con los asuntos de Roma mucho antes de haberlo estado con los de mi propia casa. Conocía el Capitolio y su situación antes de conocer el Louvre, y el Tíber, antes que el Sena. He meditado más en la condición y fortuna de Lúculo, Metelo y Escipión de lo que lo he hecho sobre muchos de nuestros propios hombres".³² Tal familiaridad y cercanía dotaba de enormes significados y contenidos al contacto con un evocador testimonio de ese pasado. Goethe, como tantos otros viajeros, sintió una gran emoción al saberse llegando a Roma, al saberse cercano al escenario, a la fuente de donde manaron tantas acciones, palabras, personalidades y acontecimientos imaginados y degustados, leídos y reflexionados.³³ Gran emoción sintió –choque eléctrico dirá– el abate Barthélemy paseando por vez primera por el Museo Capitolino, entre las estatuas de tantos hombres ilustres sobre los que había pensado en su gabinete en numerosas ocasiones y ahora parecían presentársele y hablarle de viva voz.³⁴ Tal poder evocador del testimonio clásico, paralelo a su estudio y observación, se consideró poseía un alto contenido formativo. Si el saber histórico en el XVIII –siguiendo una larga tradición– se consideraba una enseñanza vital para comprender las sociedades y el hombre, cristalizaba sin duda en el cultivo de la historia de Roma dado sus logros, los espíritus que la construyeron, su grandeza y su riqueza en cualesquiera ámbito. Sus altibajos y producciones eran una diáfana atalaya para reflexionar sobre las naciones y su sabia, los hombres.³⁵ A Carter, sentado apaciblemente en su jardín, observando unas tierras en las que Roma había luchado, había progresado y había caído, múltiples pensamientos políticos, morales y literarios le sacudirían, se entrecruzarían las numerosas palabras y razones que en todas las disciplinas se habían erigido a partir de la reflexión sobre la antigüedad; desearía algunas, confirmaría otras.

Una de las presencias que desde la casa de Crouchet más atraían a Carter eran las cercanas ruinas de Carteya. Las consideraba "monumentos a la inconstancia del destino".³⁶ Sus calles otrora bulliciosas y arterias de una vida sin pausa, eran hoy pobres campos de maíz.³⁷ De las grandes pescaderías que eran el corazón de su desarrollo, sólo quedaban unas cuantas chozas de pescadores.³⁸ En vano Carter preguntaba por sus teatros, por sus senadores o por sus murallas. La respuesta era

³⁰ Citado en J. Mourdant Crook *The Greek revival*. Londres, 1972, pág.45.

³¹ Los viajes a Grecia sólo fueron constantes a partir de las últimas décadas del XVIII. J. Mourdant *The Greek...op.cit.*

³² Citado en F. Haskell y N. Penny. *El gusto y el arte de la antigüedad*. Madrid, 1990/1981, pág.62.

³³ J.W. Goethe. *Viatge a Itàlia (1786-1788)*. Barcelona, 1997/1829.

³⁴ Abbé Barthélemy. *Voyage en Italie*. París, 1801, pág.95.

³⁵ Carter propondrá como ejemplo para el desarrollo de las sociedades la administración romana y los principios de libertad y representatividad que la regían, así como el patriotismo y alto sentido cívico de sus ciudadanos. Libro III, Cap.II, págs.190 y ss.

³⁶ Libro I, Cap. VII, pág.90.

³⁷ Libro I, Cap. IV, pág.41.

³⁸ Libro I, Cap. IV, pág.43.

siempre la misma. El silencio más desolador, el del tiempo. La ruina desvelaba la fragilidad de las cosas, de los hombres y sus naciones. En el XVIII, sobre todo, la ruina clásica. La concepción de una Roma con una identidad definida y vertebrada, con un incomparable poder y vigor militar, social y cultural que la asentaban firmemente en la tierra, hacía que su caída revelase como ninguna otra la fragilidad y caducidad aun de las naciones más grandes y sólidas, la fugacidad de tales palabras. No parece casual que el conde de Volney reflexionase sobre las revoluciones de los Imperios ante las ruinas de Palmira, aunque fuese en las de su imaginación.³⁹ Robert Semple, desde Gibraltar, contemplando el Mediterráneo y la costa del Campo, antaño vivificada por grandes naciones ahora desaparecidas, se preguntaba si tal sería el destino ineludible de Inglaterra y Francia, de las contemporáneas naciones hegemónicas, sugiriéndole “the ever changing state of the moral world, the uncertainty of political calculations, and the frailty and vanity of all human life”⁴⁰. A Carter, “la visión melancólica de antiguas ciudades en ruinas, algunas tan destrozadas y deshechas por el tiempo que la búsqueda más afanosa apenas ha podido descubrir los lugares que antiguamente ocuparon” le arrastraba a la meditación sobre las leyes más íntimas de la Naturaleza, a enfrentarse a la “Inestabilidad y el final de las grandezas terrenales”⁴¹, al sino que unificaba y regía las cosas y los hombres.

II. La memoria de lo árabe

Los testimonios de otro pueblo vigoroso que había hollado estas tierras para abandonarlas para siempre, el árabe, fueron un trazo más de este paisaje de la evocación y la melancolía. Aunque en relación a las noticias sobre la antigüedad clásica, los árabes ocupen un lugar claramente secundario, Carter mostró un revelador interés por los testimonios y la historia de la presencia mora en España. Al llegar a Málaga, final de su viaje, afirmó que su objetivo había sido proporcionar “una visión histórica completa de los pueblos romanos y árabes”.⁴² Carter relató pormenorizadamente algunos de los encuentros y batallas que libraron cristianos y musulmanes, especialmente las acaecidas en la defensa y toma de Gibraltar⁴³ y Málaga, revelando un sorprendente conocimiento de las fuentes y crónicas tanto españolas como árabes. Mas su interés por el mundo árabe fue más allá de la narración de ruidosos acontecimientos militares; sintió gran admiración –en una línea claramente vinculable a la contemporánea erudición española que serviría de lazarillo a Carter como en el análisis de la antigüedad clásica⁴⁴ por la sociedad árabe en España, que según el inglés alcanzó gran desarrollo y esplendor por su decidida protección a las Artes

³⁹ Volney, C.F. *Las ruinas de Palmira*. Madrid, 1985/1791.

⁴⁰ R. Semple. *Observations on a journey through Spain and Italy to Naples; and thence to Smyrna and Constantinople: comprising a description of the principal places in that route, and remarks on the present Natural and Political state of those Countries*. Tomo I. Londres, 1807, pág.199.

⁴¹ Libro IV, Cap. I, pág.227.

⁴² Libro IV, Cap. III, pág.335.

⁴³ Thomas James también fue muy prolífico en relatar las batallas de los árabes en estas tierras. Su obra, de hecho, comparte el eruditismo y la sensibilidad histórica de Carter aunque con diferentes intenciones y planteamientos. James Thomas. *The History of the Herculean Straits, now called the straits of Gibraltar including those ports of Spain and Barbary that lie contiguous thereto*. Londres, 1771.

⁴⁴ Se refiere a Juan Velázquez de Echevarría (1729-1808) como a un “gran arabista granadino”. Tal vez lo conociera en alguna de sus estancias en Granada. Sobre este autor, sus investigaciones arabistas y su principal obra, consultar: Juan Velázquez de Echevarría. *Paseos por Granada y sus contornos*. Granada, 1993/1764-1768. Incluye un completo y modélico estudio preliminar de Cristina Viñes Millet.

⁴⁵ Libro IV, Cap. III, pág. 297 y ss.

⁴⁶ Thomas James cuya obra se centró de igual modo en Gibraltar, también debiera incluirse entre éstos, aunque su descripción de la Alhambra se perdiese y no pudiese publicarse: “When I travelled into Spain with colonel William Denny, late governour of Pennsilvania, I drew a plan of the Alhambra, and particulary described that castle, palace and city; but unluckily those descriptions, plans, views, curiosities, and a choice library, chiefly collected for my Phoenician history, were burnt on the first of November, one thousand seven hundred and sixty-five, with all the apparel of my family, and the whole furniture, commonly called Vaux-hall, by the inhabitants of New York, on account of the stamp act” (T. James, *The History...op. cit.* Vol. I, pág. 179). De su obra, en este aspecto, lo más significativo es su descripción de algunos edificios árabes –en especial de los gibraltareños– y unos pocos juicios aislados y vagos.

⁴⁷ Libro I, Cap.II, pág. 14; Libro IV, Cap. III págs. 276, 286, 289 y ss.

y las Ciencias, destacando ante todo el cultivo de la poesía.⁴⁵ Incluso cabría señalarlo como uno de los primeros extranjeros en estudiar y elogiar el arte árabe.⁴⁶ Destacó su arquitectura militar, la multiplicidad de soluciones arquitectónicas empleadas en sus edificios y especialmente en sus majestuosas puertas principales, así como la riqueza y colorismo de la decoración de las superficies murales interiores.⁴⁷ De hecho, sus grabados de la alcazaba malagueña y de un azulejo esmaltado de Granada, son junto a la vista de la Alhambra de Twiss⁴⁸ los primeros de una larga serie prolífica en el XVIII y desbocada en el orientalista siglo XIX. La obra de Carter, por tanto, cabría considerarse una de las primeras foráneas –aunque sin duda sin la influencia de otras celeberrimas como la de Henry Swinburne– en descubrir a Europa el atractivo patrimonio artístico e histórico de los árabes en la península, en convertir este pasado en un rasgo ineludible del paisaje español –del sureño obviamente–, dotándole de una especificidad que no proporcionaba el testimonio clásico común en el Mediterráneo. Particularismo que a la larga se convertirá en esencial y característico.

El interés en la memoria de lo árabe y su inclusión en el viaje de Carter y en su paisaje, nació de la misma fascinación y sensibilidad erudita e historicista que lo condujo a la antigüedad clásica. Sin duda, su mirada y lectura de los testimonios árabes fue paralela a su acercamiento a los romanos. Subrayó el gusto en “contemplar los monumentos de una nación [la árabe] que ya no existe”,⁴⁹ su capacidad de evocación de hechos, costumbres y sentires que revelaban una cultura rica y vigorosa,⁵⁰ permitiendo adentrarse en momentos históricos destacables del espíritu humano, acercarse a él, exorcizarlo y lamentar su sino.⁵¹ La memoria árabe muy presente en el Campo –según Carter fue escenario de su llegada y de algunas de sus más cruentas luchas–⁵² adquirió tal interés que sin duda participó en la configuración de ese escenario fascinante, tan lleno de sugerencias y evocaciones, contemplado desde la casa de Crouchet.

III. Últimas palabras

Cuando Francis Carter se sentaba en el jardín de la casa de Crouchet veía un paisaje magnífico por su luz y sus inacabables matices. Numerosos y variados accidentes se entretejían en tan enorme y pintoresca composición. Mas la mirada no era la única protagonista de tales momentos. El propio paisaje, con sus realidades y jirones, impelía a diversas pero siempre instructivas reflexiones que encontraban motivos inacabables en los atractivos trazos que componían tan gran fresco. Sabemos que Carter observó detenidamente la fauna y la flora del Peñón, así como ciertos fenómenos marinos y geológicos muy particulares en el mundo natural.⁵³ No menos se interesó por la situación de la guarnición y por la presencia de su propio país en el Mediterráneo. Mas era la memoria la que arrastraba recurrentemente a su espíritu a los más atractivos caminos. Por ella, la Historia y el Tiempo eran un rasgo más del lugar, de hecho el esencial, el que le confería su específica poética y su contenido. Una Historia y un Tiempo que discurriendo y entretejiéndose en el espíritu, suscitaban pensares que acercaban

⁴⁸ R. Twiss, *Travels...op.cit.* Incomprendiblemente en una reciente edición castellana de esta obra, la primera en nuestra lengua, no se ha reproducido tan interesante grabado del palacio nazarí. R. Twiss, *Viaje por España en 1773*. Madrid, 1999.

⁴⁹ Libro IV, Cap. III, pág. 286.

⁵⁰ Tanto para Henry Swinburne (*Travels...op.cit.*) como para J.F. Peyron (*Nouveau voyage en Espagne*. Londres-París, 1783) la arquitectura árabe, y en especial la Alhambra, encarnaba y materializaba el espíritu y la cultura árabe, que entre los europeos empezó a valorarse muy positivamente, tanto por sus logros como por su poder evocador. La Alhambra, pues, se convertirá en el lugar predilecto para exorcizar el esplendor, la sensualidad y las costumbres de los árabes en España.

⁵¹ Semple a pesar de censurar la arquitectura de la Alhambra y el estilo artístico árabe, afirmará que el viajero “will frequently visit the Alhambra, and whatever he may think of the taste there displayed, he cannot fail to consider with deep attention its past history and its present fate. In his musings he may reflect, that monarchs and great nations are, like himself, travellers along the surface of the globe; and be at once consoled and admonished by the reflection, that the monuments which man erects to perpetuate his name, are almost universally nearly as frail and perishable as himself” (Semple, R. *Observations...op.cit.* Tomo II, pág. 196).

⁵² Libro I, Cap. I, pág. 9 y ss.; Libro I, Cap. V, pág. 60 y ss.

⁵³ Libro I, Cap. VI, pág. 84 y ss.; Libro I, Cap. VII, pág. 91 y ss.

al hombre, a su naturaleza y a su sino. El jardín Crouchet, por su presencia y por sus ecos, semejaba el escenario ideal, el que disponía el alma a tales andares. Ahí se confirmaba la lección de la antigüedad y el saber histórico, su componente formativo que desvirtuaba las censuras de algunos que juzgaban tales pasiones anticuaristas como vanas dedicaciones y cuasi escolásticas. El interés por la antigüedad no se entendía como mero solaz erudito o placentero juego de la imaginación; tal inclinación se legitimó por un alto sentido pedagógico y formativo recurrente y obsesivo en el ilustrado siglo XVIII. Pero como dijimos anteriormente, el campo no sólo era paisaje de evocación y melancolía, se hallaban estos y otros placeres del espíritu y del conocimiento que bebían de las múltiples fuentes del privilegiado lugar. Sin duda, la fascinación de Carter por el Campo de Gibraltar nació de su interés y gusto por la instrucción y la formación, que se encontraban en tan gran fresco en el que la Naturaleza y el hombre se desvelaban. Pero también por su creencia en tales valores, por creer - según un sentir muy dieciochesco - que en ellos se cifraba la verdadera realización y complitud del alma. En el campo, ante un paisaje y un saber que inundaba el espíritu, parecería no haber dedicación más propia y digna del hombre que la de su cultivo y ennoblecimiento. Esta era en definitiva la gran lección de la memoria y la belleza. Decía Carter estoicamente que “la felicidad humana se basa en la sabiduría y la virtud”,⁵⁴ ya que son el único consuelo ante la tribulación y la esquiva fortuna. Tal sentir parecería confirmarse y adquirir plena significancia desde la casa de Crouchet, alejándose de ciertos sinsabores y mezquindades mundanas, aunque como el sino de las ruinas fuese fugaz y tal vez ilusoriamente. En el Campo Gibraltareño, la memoria y la mirada hicieron encontrarse al íntimo placer, la reflexión y la formación, en una tríada propia sin duda de la sensibilidad ilustrada del XVIII, pero creemos que también de las pulsiones universales del hombre.

⁵⁴ Prólogo, V.